

**MONOLITO DE PILCHIBUELA:
APORTES A LA MEMORIA Y A LA
IDENTIDAD DESDE LA ANTROPO-
LOGÍA Y LA ARQUEOLOGÍA A LA
PARROQUIA DE SAN
RAFAEL DE LA LAGUNA DEL
CANTÓN OTAVALO, PROVINCIA
DE IMBABURA¹.**

Víctor Hugo Pinzón Plaza

Universidad de Otavalo

Este artículo comprende una serie de observaciones relevantes con relación al trabajo realizado en La comunidad de Tocagón y en la parroquia de San Rafael de Laguna, de investigación y socialización de los hallazgos arqueológicos encontrados e identificados entre noviembre de 2011 y mayo de 2012. Este proceso inició tras la necesidad que el Gobierno parroquial sintió al vislumbrar varios de los comuneros, un monolito con aparen-

tes tallas en él con petroglifos, encontrado en el sector de Pilchibuela en la comuna de Tocagón. Se comenzaron los estudios en documentos e investigaciones previas sobre la región, y se inició un proceso de reconocimiento y visualización del territorio en busca de elementos que permitieran asociar a este monolito en un espacio tiempo culturalmente determinados.

Así la relación con la Quebrada Tupitze se hizo evidente y se partió la investigación de campo desde la siguiente pregunta: ¿si el monolito ha estado relacionado con la quebrada, se puede pensar en la Quebrada Tupitze como un lugar sagrado objeto de culto para los antiguos pobladores de la región? Este cuestionamiento se enmarca en un medio catalogado ya por ser, la actual parroquia de San Rafael de La Laguna, el asentamiento de los pobladores del Otavalo Prehispánico, caracterizados por ser territorio de los *ango/s* ó caciques mayores de la región, con una alta incidencia política y religiosa en un amplio rango de acción y con una movilidad aún mayor gracias a las redes de intercambio prehispánicas dadas por los llamados *mindalás*.

Se procedió a indagar entre los comuneros por los lugares asociados a la quebrada y a la vez por los relatos y percepcio-

nes en relación a la piedra encontrada, surgiendo valiosa información etnográfica que encauzó la investigación en realizar la inspección de varios sitios y dando por resultado el hallazgo de cinco sitios arqueológicos en cuestión, relacionados entre sí y asociados a actividad cultural en tiempos prehispánicos que según cálculos comparativos con otros sitios de su magnitud en los andes septentrionales, pueden datar desde 2.500 a 4.500 a. p.:

- El Monolito de Pilchibuela
- La Quebrada Tupitze/Pirangra Huayco
- La vertiente de Fictara Faccha
- El valle de Inga Tola
- El valle de Turupamba

De estos sitios trataremos el primero, como foco de aproximación al entendimiento de aspectos de la historia del Otavalo Prehispánico. Con relación al monolito, epicentro de el desarrollo de la investigación, se procedió por medios digitales a reconstruir sus formas para así poder, desde un conocimiento del territorio y de una comparación regional, indagar sus significados y ahondar en el entendimiento de la relación de los pobladores del Otavalo prehispánico con los ancestros, los espíritus de la naturaleza y con los astros.

La importancia de estos sitios radica en varios aspectos: primeramente el contexto arqueológico está relativamente inalterado, pues estos sitios se ubican en zonas altas desde los 2.600 hasta más de los 3.800 msnm. A pesar del saqueo que en la provincia se ha vuelto ley, las condiciones

comunitarias todavía no permiten que el acceso de personas ajenas a las comunidades se dé y con fines oscuros- aunque no totalmente-. Otro factor es que hay una abundancia de evidencia en terreno y en los comuneros que ha permitido avanzar enormemente en un campo casi virgen de la investigación antropológica y arqueológica. Se resalta que el involucramiento de la población de la parroquia ha tenido éxito hasta el momento desde diferentes actividades, desde talleres en las escuelas a niños y niñas como a líderes comunitarios y comuneros de toda la parroquia, y donde la reflexión y la sensibilización sobre el tema patrimonial han tomado fuerza y han sido bien acogidas.

También se generan aportes importantes a la consolidación del conocimiento científico sobre el asentamiento del Otavalo prehispánico: el uso, apropiación del medio, y huellas en el paisaje en relación con una visión de la geografía sagrada de los andes y en donde Otavalo jugó un papel fundamental en la región. El liderazgo de este cacicazgo ó señorío étnico y las marcas que nos ha dejado en el presente, son ahora herramientas que crecen y se perfilan consolidando el papel de aportar al actual proceso de fortalecimiento de la identidad desde la memoria histórica, en una comunidad que ha mantenido una gran lucha por la defensa de la tierra y de la práctica de sus tradiciones.

A pesar de esto, se debe mencionar que las condiciones de apoyo y acompañamiento no son las mejores por parte de los estamentos competentes del Estado, hasta el

1. Para la Revista Sarance del Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo. Agosto de 2012.

momento han presentado un escaso interés en el asunto y depende del Gobierno parroquial y de su iniciativa el avance de los estudios y la generación de condiciones óptimas de protección y conservación patrimonial. En el momento que se escribe este artículo se está gestionando con las instituciones estatales competentes la obtención de recursos y apoyo en el manejo, conservación y protección de estos sitios sagrados. También el proseguir con las investigaciones es una necesidad latente y lo cual hace parte de la proyección integral de manejo de los sitios que se viene realizando hasta el momento.

La visión filosófica de este proceso y del acompañamiento a la comunidad en la apropiación de su patrimonio, ha sido de percibir y concebir estos lugares como sitios sagrados, en relación con su pasado ancestral y es allí donde radica la importancia de dichos espacios. La profanación latente del patrimonio espiritual ancestral de las comunidades ha sido constante y por la preocupación que esto genera, se ha promulgado por generar ese acercamiento del patrimonio cultural a la población y desde el vínculo con el territorio. Así la comunidad decidió autónomamente y desde los elementos presentados que no se iban a realizar excavaciones arqueológicas como tal, entendiendo por esto la realización de pozos de sondeo o prospecciones, por preservar los enterramientos posibles y el legado ancestral donde fue depositado y por la intención que en tiempos anteriores, les hizo reposar allí. La reapropiación de lo sagrado ha comen-

zado como un esfuerzo comunitario que busca ser ejemplo en un futuro tanto de desarrollo autónomo como de fortalecimiento de la identidad cultural y de la organización comunitaria, desde la apropiación del pasado en el presente y con visión de futuro.

Contexto histórico cultural del Otavalo prehispánico

Los datos provenientes de la arqueología indican datos relevantes para la historia antigua de Otavalo. César Vásquez Fuller y Emilio Bonifaz hallaron una punta de flecha de obsidiana en Peguche, que indica la fecha de 15.000 a. c. A este hallazgo sumamos el famoso Cráneo del Hombre de Otavalo que indica fechas de 2.800 a 3.500 a. c. años de antigüedad (San Félix: 1988). Con respecto a la antigüedad de estas fechas, es bueno anotar que en Suramérica, se han venido realizando ya varias investigaciones sobre sitios arqueológicos que indican actividad humana y cultural en esta parte del continente. En Brasil en el sector del Mato Grosso, está el sitio Pedra Furada, con datos de 12.000 y 15.000 a. p. En Colombia en la sierra oriental se han encontrado en El Abra y Tibitó restos de ocupación humana que datan de 12.500 y posiblemente 15.000 a. p. En Chile el sitio Monte Verde en la costa central sur indica la presencia de actividad cultural entre 12.000, 15.000 y posibles 25.000 a. p. (Dillehay: 2000). El llamado periodo de Cazadores Recolectores que desde finales del pleistoceno hasta comienzos del holoceno sabemos tuvo una intensa actividad cultural desde el uso

de la tecnología lítica encontrada hasta la fecha. Con estos datos comparativos podemos tener un ligero marco para entender el tiempo de ocupación y relación con el territorio de los antiguos pobladores de Suramérica. En el caso de Ecuador nos encontramos con el sitio el Inga, ubicado al este de Quito en cercanías al volcán Illaló. Allí se encontraron muchísimos fragmentos de piedra trabajada en cortadores, puntas de flecha y puntas de lanza, más restos óseos o de huesos que permitieron encontrar fechas de 12.800, 15.000 y 18.000 a. p. (Mayer Oakes: 1986).

En excavaciones realizadas en la actual parroquia Eugenio Espejo, a orilla occidental de la Laguna de San Pablo, se encontraron fragmentos cerámicos que se les comparó con el tipo Valdivia de la costa pacífica ecuatoriana, y los cuales dieron fechas de 4.000 a 2.150 a. p. Se dio la discusión de porqué rasgos de la cultura Valdivia estaban presentes en la región antes del periodo de desarrollo regional, si lo que acá se estaba dando era un proceso de desarrollo cultural local. Las dos posiciones ponen en evidencia una cosa: la posible amplitud de intercambio de bienes e ideas entre pueblos distantes en tiempos del Periodo Formativo o Cerámico –hace 5.000 y 3.000 a. p., a pesar de que el último autor piense lo contrario (Myers: 1976; Athens: 1978).

Otros trabajos realizados en la zona, podemos mencionar La Chimba, en la parroquia Olmedo del cantón Cayambe, donde se han encontrado una serie de restos cerámicos y de animales que indican una

intensa actividad humana, entre 2.700 y 2.200 a. p. La abundancia de material cerámico, petroglifos y huesos de animales de varias especies, llevaron a los investigadores a indagar por los usos dados allí, en el caso de la gran presencia de restos completos de venados y conejos. Algunos de estos huesos eran tallados como ornamentos o como herramientas. Se notó que a los animales se les quitaba y piel y carne dejando completos los esqueletos con técnicas de secado al sol y de manejo de raspadores en piedra (Athens & Stahl: 2001).

Entre los restos arqueológicos de gran importancia en la región están las Tolas. Son montículos de tierra, naturales o artificiales, o una combinación de ambas. Su altura puede variar ampliamente, encontrándose en diversas partes de la región como Cochassquí, Íntag, San Rafael, Atuntaqui, Pinaquí, Zuleta, Yahuarcocha, entre otras más, y con diferentes formas en su arquitectura: circulares, cuadradas, rectangulares, con rampas de acceso, trapezoidales, etc. Su función en muchos casos era de vivienda en su parte superior, y donde en las bases de las pirámides truncadas se enterraban posiblemente a los antepasados. Así mismo funciones ceremoniales pueden haber sido objeto de muchas de estas plataformas y montículos. Otro tipo de actividad que se les adjudica es la utilización para la observación astronómica. Su construcción y uso datan alrededor de los 500 a. c. hasta los 500 d. c. (San Félix: 1988).

Udo Oberem en sus investigaciones en Cochasquí dio con fechas de 950 y 1250 d. c. Las Tolas y pirámides de Cochasquí se asociaron a actividad funeraria, ceremonial y de vivienda (Oberem: 1981). Otro ejemplo de estas construcciones en la región es las Tolas de la Hacienda Zuleta, parroquia de Zuleta en el cantón Ibarra. Un complejo de casi cien tolal y montículos a lo largo de un valle interandino y asociadas a actividad humana en el año 800 d. c. (Athens & Osborn: 1974). Temprano se registró el hallazgo de Tolal y Pirámides en el sector de Villagrán-pugro, de donde se sustrajo dos estatuas de piedra que estaban enterradas, tamaño natural y con detalles antropomorfos o con formas de humano (González Suárez: [1902]).

Entre muchos más elementos de la cultura material que podríamos nombrar, se quiere hacer énfasis en la pregunta ¿de dónde provienen los primeros pobladores de la región de San Rafael y de la región de Otavalo? Hay ciertas hipótesis que buscan responder esta incógnita. Justamente Federico González Suárez en sus estudios sobre la historia del Ecuador describe como arribaron grupos Caras por la Bahía de Caráquez en el océano Pacífico, provenientes de las costas de la actual Colombia y que habían descendido por la cordillera de los andes desde el Mar Caribe, siendo su origen la parte de Mesoamérica donde estarían asentados grupos de las culturas maya y mexica.

Aunque las similitudes entre las culturas mesoamericana y andina son marcadas según algunos, un intercambio a grandes distancias se realizaba desde la óptica de la complejidad de las sociedades americanas en tiempos remotos. Pertenecientes a la familia lingüística Caribe o Carib, los Caras migraron luego hacia la sierra encontrándose a los Quitus en una planicie amplia y rodeada por cerros. Se impusieron los Caras sobre los Quitus pues más avanzados en tecnología y combate eran, y se establecieron en esa zona en lo que se llamaría luego los señoríos de los Shirys. De esta zona fueron expandiéndose hacia el norte por la sierra hasta llegar a Caranqui pasando por Cayambe y por Otavalo (González Suárez: [1902]).

Una visión que se ha generalizado en la historia de la sierra norte es que Caranqui era el cacicazgo más importante de la región y de donde se ejercía cierto poder político, económico y religioso. Se habla comúnmente de la nación Caranqui pero en este caso y para esta delimitación, vamos a hacer unas aclaraciones. Actualmente se identifican dos grupos culturales en la región de Otavalo y en general de la provincia de Imbabura. Al costado occidental de este cerro, las zonas de Atuntaqui, Cotacachi, San Roque, Cotama y las comunidades del norte y occidente de Otavalo en las parroquias de Quichinche, Dr. Miguel Egas, Espejo y San Rafael, pertenecen a una unidad. Y, por el costado occidental de Imbabura, Caranqui, Zuleta, Olmedo, González Suárez, parte de San Pablo hasta Cayambe son otra uni-

dad cultural. Y esto tal vez se debe a los troncos de descendencia del cual proviene una y otra unidad. Para nuestro caso, nos enfocaremos en esclarecer desde la información disponible cuál era el sistema de relaciones dado en la región del Otavalo prehispánico.

La identidad cultural de Otavalo responde a tres influencias-componentes: el pasado preincaico, la influencia incaica, y la influencia española occidental. Desde esta perspectiva, hay que mencionar que la imposición y visión de lo inca en el norte ecuatoriano es un sesgo por varios motivos, desconociéndose el valor e importancia regional e histórica de la cultura otavaleña. Se ha impuesto la corta permanencia de los incas en la región como un determinante en la forma en que se hace aproximaciones al pasado prehispánico de la región.

Una primera campaña de conquista de Tupac Inca Yupanqui en 1455 llega a los límites del sur del territorio en el valle del río Guayllabamba. Y una segunda campaña se dio liderada por Huayna Capac, hasta llegar a la región de los pastos en el sur de Colombia entre 1495 y 1505. Los asentamientos que tuvo el inca y donde se asentó el poder administrativo en Ecuador fueron Tomebamba, Quito y Caranqui, por ser los lugares cuyos habitantes se doblegaron más fácilmente al dominio incaico. Otavalo a la vez de ser reconocido como un cacicazgo de gran importancia no fue objeto de este tipo de asentamientos, principalmente porque no hubo un control total sobre la población. Esto implica que

la influencia incaica es menor en comparación con otras regiones como Azuay y Quito (Caillavet: 2000).

Cuando en 1549 llega desde el sur Sebastián de Benalcázar, no encuentra resistencia y rápidamente negocia con el cacique llamado Otavalo, quien a su mando directo tenía entre 1500 y 2000 hombres y un gran poder e influencia en la región (Sánchez: 2005; Caillavet: 2000). Así también hay registros que indican que al llegar Huayna Capac a establecerse en Caranqui, estuvo siempre en buenos tratos con el cacique Otavalo para poder permanecer en la región (Caillavet: 2000). Es así como vemos indicios de la importancia de este cacique y su parcialidad para la región como autoridad en lo político y posiblemente en lo religioso entre los varios grupos de la región.

En la búsqueda en los archivos de la época de la colonia sobre Otavalo son pocos pero en lo referente a la tributación y a los pleitos legales es abundante desde el registro notarial. Inicialmente se sabe que el nombre del actual Otavalo en tiempos antiguos era Sarance, correspondiente al grupo de parcialidades que habitaron este sector. Y sin embargo se registra referencias a otra población de gran importancia llamada Otavalo. Hacia 1580 se comenzaron a ejecutar las “Reducciones Toledanas”, ley que imponía por mandato del Virrey Toledo que los grupos indígenas fueran reducidos a pueblos de indios, concentrados en los centros de administración política de la Corona Española.

Esto se daba según Jiménez de la Espada por que vivían “desparramados” por las tierras en altos niveles de dispersión. De hecho el registro arqueológico indica una cosa: las tolas, montículos y sitios sagrados aunque tienen algunas viviendas no fueron los lugares de habitación cotidianos. Los sitios donde las personas y grupos vivían eran parcialidades unas muy alejadas de otras en sitios escondidos entre las montañas. Esto hacía necesario reducirlos a centros urbanos, pueblos de indios. Con esta imposición cambió el orden territorial, las parcialidades fueron trasladadas desde las zonas altas hacia los valles donde estaban asentadas las autoridades coloniales. Los pueblos antiguamente ocupados por las comunidades indígenas eran llamados “pueblos viejos”, donde se conservaban las propiedades pero no se tenía derecho a vivir en ellas. Hacia 1579, se ordenó a los caciques de Otavalo a trasladarse a San Pablo y a Sarance con sus gentes, destruyendo luego la población para que los indígenas no volvieran luego allí a vivir (Sánchez: 2005).

Se ubicó entonces desde los apellidos de los caciques, la tenencia y ubicación de tolas, y documentos sobre las autoridades y las repetidas referencias del lugar donde estaba ubicado el Otavalo antiguo. Aquellos apellidos como Otavalo, Villagrán, Otavalo Ango, corresponden a la zona de la actual comunidad de Huaycopungo, sector Villagranpugro en la parroquia de San Rafael de La Laguna. Así mismo se ha ubicado tres tolas en este sector que habrían tenido gran importancia y que en la

actualidad están casi destruidas por la urbanización del sector. *Ango* corresponde pues a la denominación de jefe o cacique. Varios apellidos en toda la región tienen esta terminación –Cachihuango, Cabascango, Andrango, Farinango- y lo cual corresponde, al no ser un vocablo proveniente del quechua, a la lengua que se hablaba con anterioridad en Otavalo.

Desde el registro de tributación de algodón dado en 1579, se sabe cuál era la distribución de los cacicazgos para Otavalo. 14 cacicazgos principales se describen con los nombres de: Otavalo, Sarance, San Pablo, San Juan, Tontaqui, Orcuquí, Tumbabiro, Cotacache, Ynta, Guallabamba, Azangue, Puellaró y Alchipichi. De estos, el Otavalo era el encargado de la distribución del algodón para la elaboración de mantas, por lo cual se resalta su autoridad en la región. De esta manera podemos ver cómo se ven las evidencias de la importancia del cacique Otavalo en la región, si sumamos que además, las tolas de Villagranpugro están asociadas a actividad ceremonial y ritual a la vez que la loma de Araque y Rey Loma, que están alineados desde San Rafael con los volcanes Imbabura y Cotacachi. En este contexto histórico, a grandes rasgos, desde los referentes al alcance, es que se desarrolló la cultura Otavalo en tiempos anteriores a la llegada de incas y españoles (Calillavet: 2000).

Desde este marco histórico muy resumido, dando una mirada a elementos del pasado histórico en el que se identifican rasgos del pueblo Otavalo en tiempos pre-

hispanicos, vamos a aproximarnos a algunos resultados parciales del actual proceso de investigación, desde el sitio denominado *Monolito de Pilchibuela*.

El Monolito de Pilchibuela

Encontrado en la Quebrada Tupitze, se dice esta piedra estaba ubicada en un sector más al sur llamado Yana Faccha, en la zona de Tocagón Alto. Un relato asociado a esta piedra cuenta que

Hace tiempo dos muchachas pasaban por donde estaba la piedra y apareció el Chuzu Longo, -personaje mítico que representa al dueño o señor de la montaña Yana Urku-, quien acosó a las jóvenes y las violó. Las personas de la comunidad por esta afrenta lo buscaron para matarlo, y cuando lo encontraron en el sitio donde estaba la piedra, los comuneros lo acorralaron para darle el golpe final. Tras este quedaron impresas en la piedra las figuras redondas tipo espi-

ral, estallando este personaje en miles de colores?

Desde el análisis del mito esta referencia nos indica una relación dada entre este espíritu del cerro con la piedra, y por tanto su connotación sagrada. Hay cierto tipo de mensaje sagrado inscrito en ella por contacto con un espíritu parte del campo de lo divino. Se debe recordar la importancia en la cosmovisión de este personaje que representa al espíritu o dueño del cerro aquí denominado Yana Urku, o Mojanda – Fuya Fuya. Las inscripciones allí impresas están compuestas por incisiones cuyo acanalamiento da forma a figuras específicas como aparentes churos y circunferencias. Ya que varios factores han incidido en el deterioro de la superficie, y está a la vez fuera de su contexto, la identificación de la iconografía allí inscrita ha contado con dificultades, así como la protección de la misma pues por factores de desconocimiento e ignorancia, algunos niños y jóvenes han rayado la superficie del monolito.

2. Comunicación personal Sr. José Cachimuel, comunero de la parroquia.

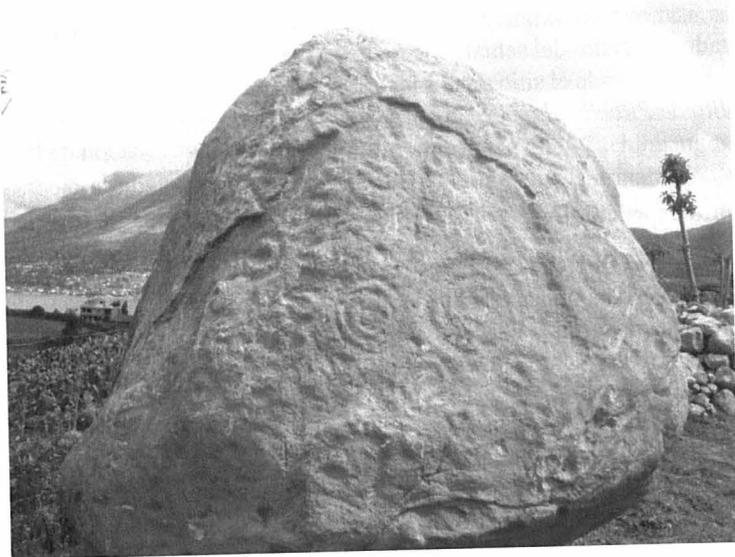


Fig. 1 Monolito de Pilchibuela

Cabe mencionar unas características como lo son su consistencia mineral de piedra caliza en la superficie y arenisca hacia su interior. Su volumen es de 2,15 cm X 1,82 cm X 1,57 cm. aprox. Su peso se calcula en varias toneladas (entre 10 y 15) y como se ha mencionado sufre graves condiciones de erosión provocadas por múltiples factores. Tenemos ya la claridad de que en la piedra se expresan elementos simbólicos profundos de la cosmovisión Otavalo desde la impresión en ella de los cuatro cerros más importantes de la región: Imbabura, Cotacachi, Cayambe y Mojanda/Fuya-Fuya, el cual llamamos para los términos de este estudio Yana Urku. Una variedad de diseños se ven en sus costados y nos pueden permi-

tir ver algunos rasgos, pero como se ve en una de las fotos, hay una base claramente tallada en la piedra lo cual indicaría que la piedra no está en su posición inicial.

Así que para poder entender los grabados se debe ver la piedra en su primera forma como fue tallada, para lo cual se utilizaron métodos digitales y de edición para poder entender la piedra y sus significados. Para esto se utilizó el software Photoshop CS3 y desde la edición y la observación cuidadosa, se alcanzó a vislumbrar parte de los petroglifos, que efectivamente nos indican algunos elementos de la cosmovisión Otavalo. En una primera imagen se muestra la piedra sin la reconstrucción en un fondo negro para que se aprecien sus

contornos y figuras, y luego vemos la reconstrucción parcial de la piedra con algunas de sus figuras las cuales se les presenta en detalle.

Así mismo el agua aparece como elemento de gran importancia y lo cual nos encontramos a lo largo del estudio. Varios elementos asociados a este elemento se representan en las imágenes que veremos a continuación. Para efectos del entendimiento de los petroglifos se realizó

una reconstrucción digital de los símbolos y figuras talladas con el software Adobe Photoshop CS3, con el cual se han implementado técnicas de reconstrucción digital que permiten ver los diseños originales para su registro y análisis. Se presentan dos figuras. La primera con la posición original de la piedra y la segunda la reconstrucción digital de varios de los petroglifos.

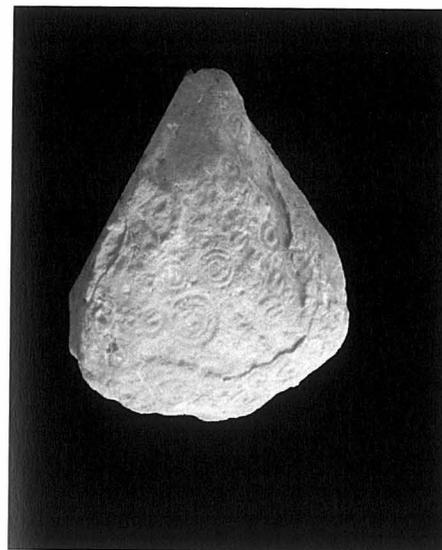


Fig. 2 Posición original del monolito desde la reconstrucción digital

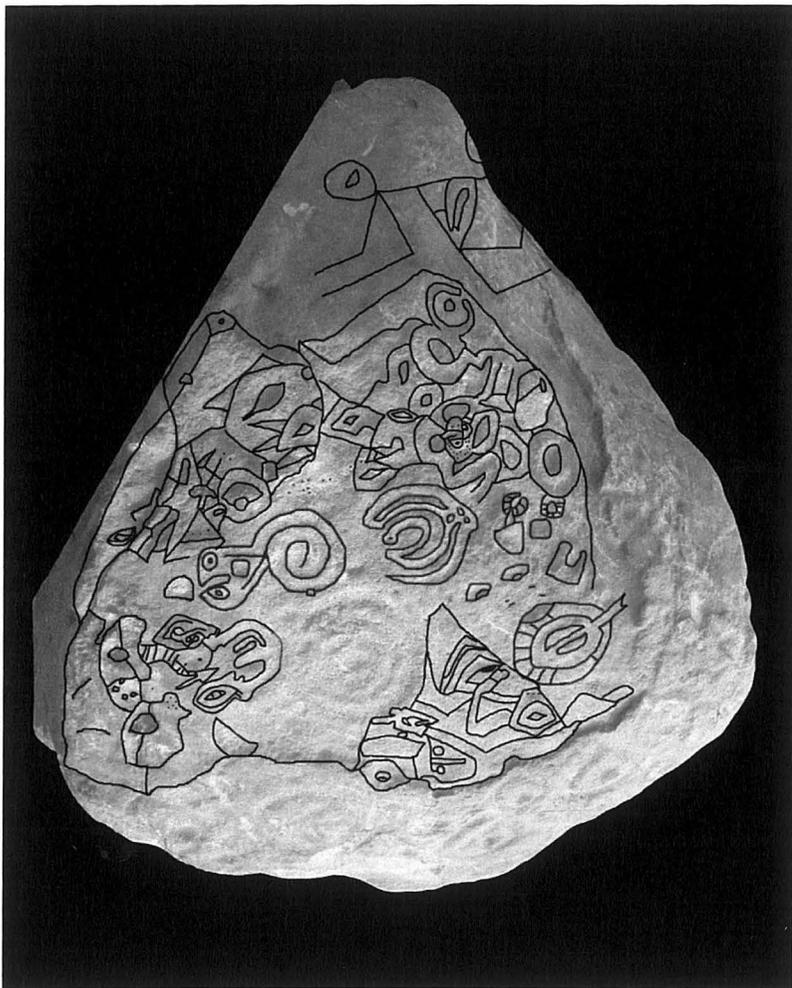


Fig. 3 Sector central de la piedra reconstruido digitalmente y posicionado sobre su base original para los fines de la reconstrucción. La escena la corona el "mono encorvado", figura repetida a lo largo del Amazonas y los Andes y que parece estar asociado a la constelación de la Osa Mayor. Representados también los cuatro cerros Imbabura, Yana Urku, Cayambe y Cotacachi como deidades tutelares y con aparentes complejos ceremoniales representados en sus faldas y estribaciones. Un rostro antropomorfo y animales acuáticos como un pez y dos serpientes hacen parte de esta representación de figuras sagradas. La relación entre los astros, el agua y los cerros es aquí representada de manera compleja, en donde antropomorfizaciones de algunos de estos elementos expresan una profunda relación entre los antiguos pobladores del Otavalo antiguo con su entorno y medio ambiente en un contexto de sacralidad y culto.

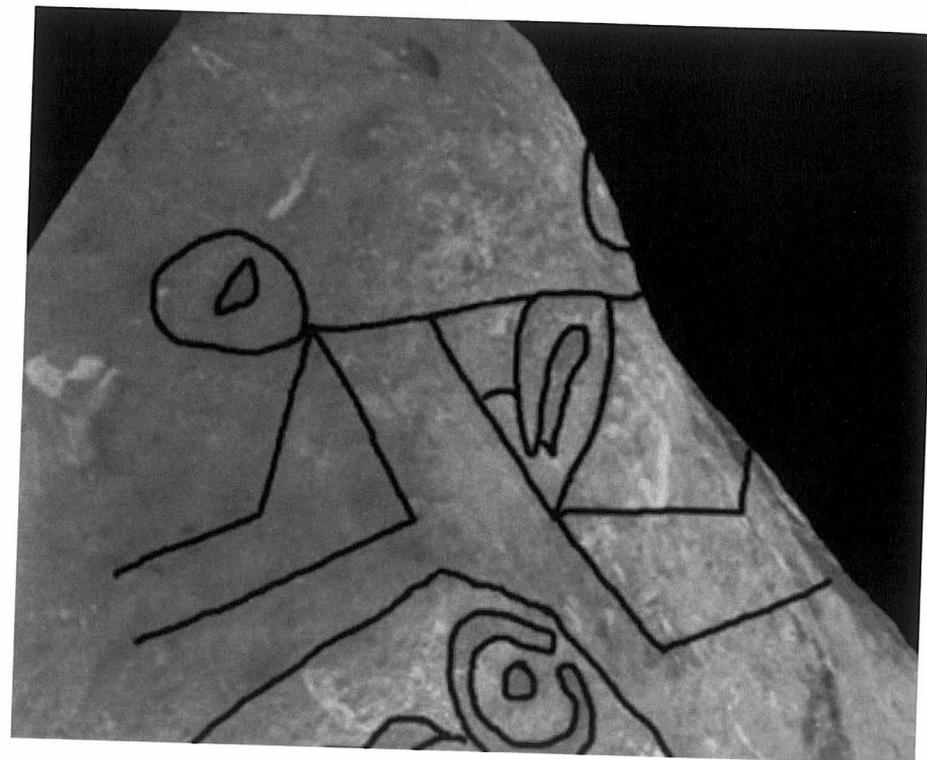


Fig. 4 Mono encorvado en la parte superior de la escena central del monolito, recurrente no sólo en los andes –como en la región de Nariño, sur de Colombia- sino también en la Amazonía.



Fig. 5 representación de Imbabura, cerro que se le adjudica sexo masculino y tiene la condición de ser considerado como padre o taya de muchos de los pobladores de la región otavaleña.

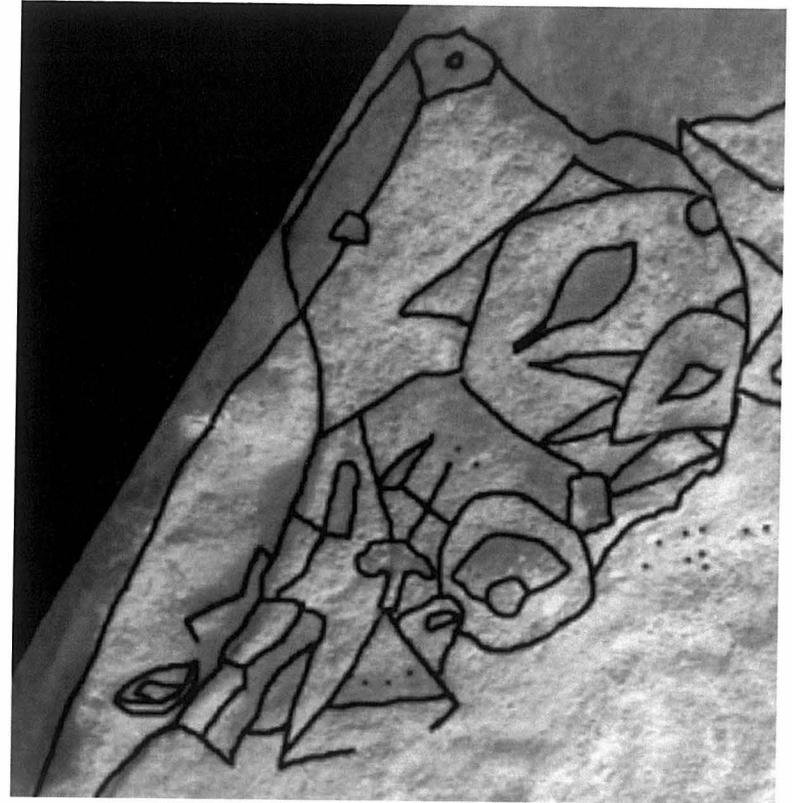


Fig. 6 Representación del cerro Cotacachi, a quien se le adjudica sexo femenino y se le tiene por madre de los runa/s y por esposa de Taita Imbabura. Se alcanza a notar en su costado derecho la representación de Cuicocha y sus dos islas.

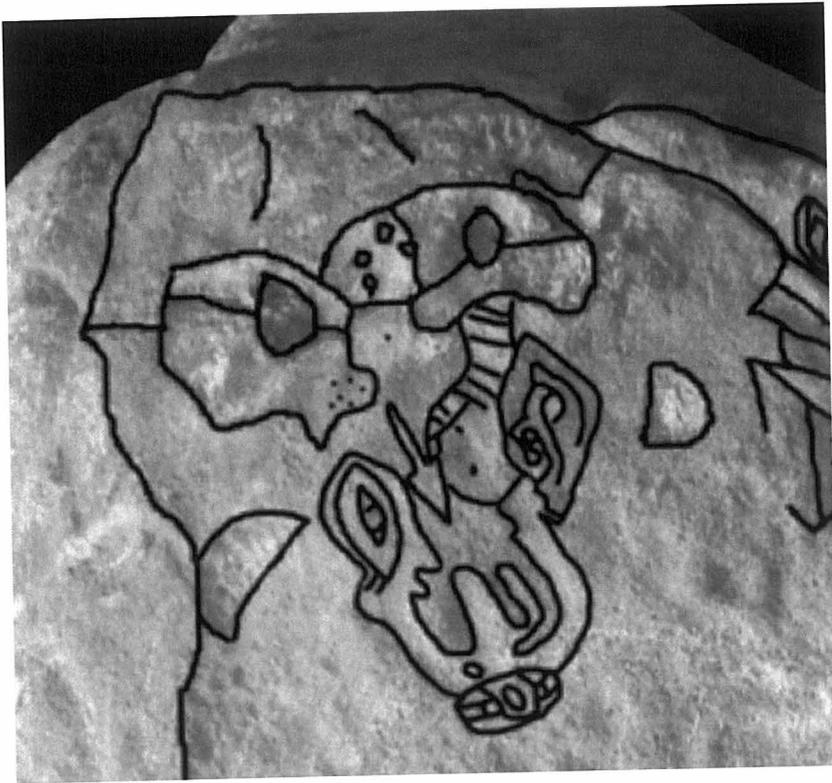


Fig. 7 Representación de Yana Urku conocido ahora como el complejo volcánico Mojanda Fuya Fuya con aparentes complejos ceremoniales en él.

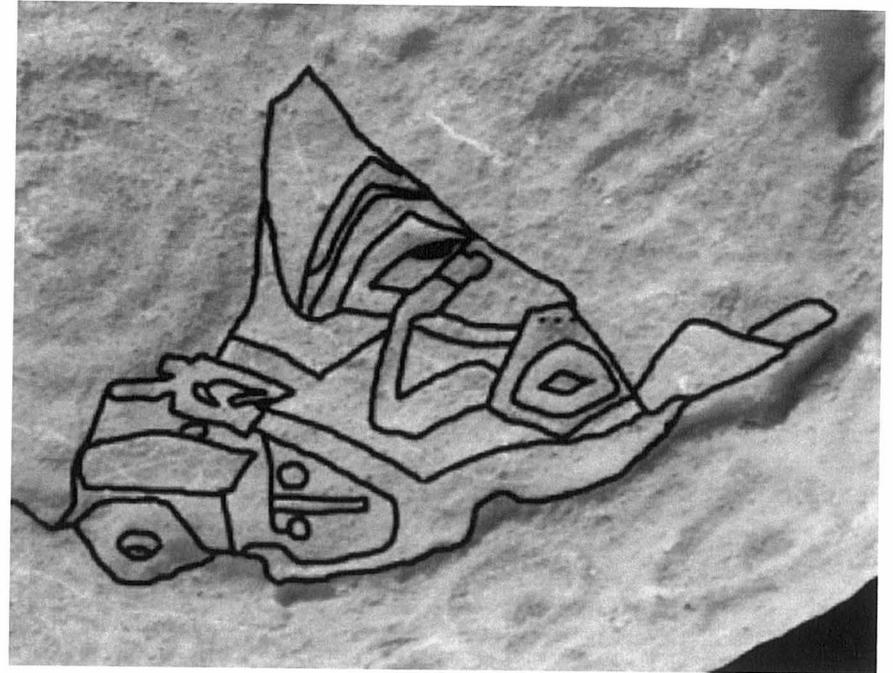


Fig. 8 representación del cerro Cayambe, ubicado al occidente de la región y del cual hay contacto visual desde Yana Urku o Mojanda/Fuya Fuya

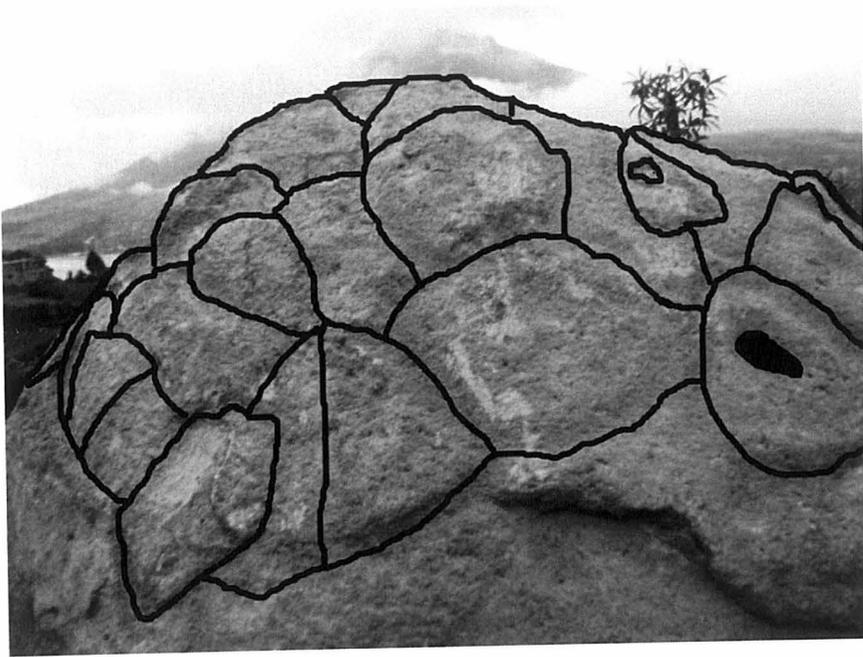


Fig. 9 Costado lateral izquierdo de la piedra con las marcas del caparazón y cabeza de una tortuga. Esta ha sido la única de las figuras de la corteza externa que se ha podido reconstruir. La presencia de este animal evoca de nuevo al agua como elemento vital sagrado y de donde nace toda vida, en relación con todo el complejo de deidades representadas en el monolito.



Fig. 10 figura que al parecer representa a una serpiente que en una parte de su curvatura une dos partes de su cuerpo en lo que parecería ser un rostro antropomorfo. Cabe resaltar la importancia de la serpiente en la cosmovisión Otavalo como símbolo del *Sinchi Sami* o espíritu de la fuerza, el cual es muy solicitado en los baños rituales en las celebraciones y ceremonias de gran importancia.

Fig. 11 Representación de dos serpientes que salen de un mismo cuerpo, unidas a una figura ovalada que contiene otros dos óvalos a su vez, uno de mayor tamaño que el otro. Esta imagen nos recuerda a otros grupos de los andes que consideran que dos serpientes son los padres de la humanidad y están fuertemente relacionados con el agua, como lo es el caso de la región del Lago Titicaca en Bolivia y la cordillera oriental de Colombia.

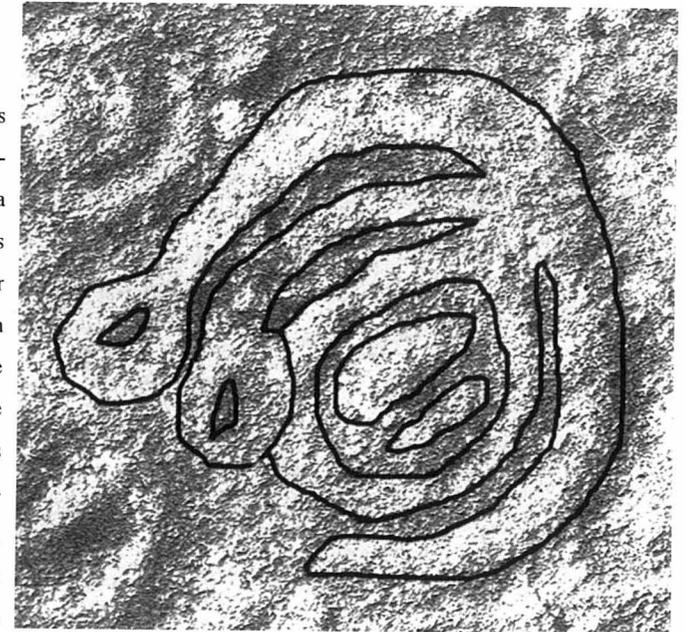


Fig. 12 Representación de un pez y el cual es muy recurrente en los tejidos que actualmente se hacen en la región. Como animal acuático hace parte de este cuadro de deidades y puede estar asociada a un pequeño pez que se encontraba en tiempos antiguos en la Laguna de San Pablo, *la preñadilla*, de la cual se dice viene el vocablo *Imba* que le da parte de su nombre al Imbabura. Pude ser este un pez de gran importancia para la cosmovisión Otavalo por ser símbolo de Yaku Mama y mediador entre los runa/s y su madre.

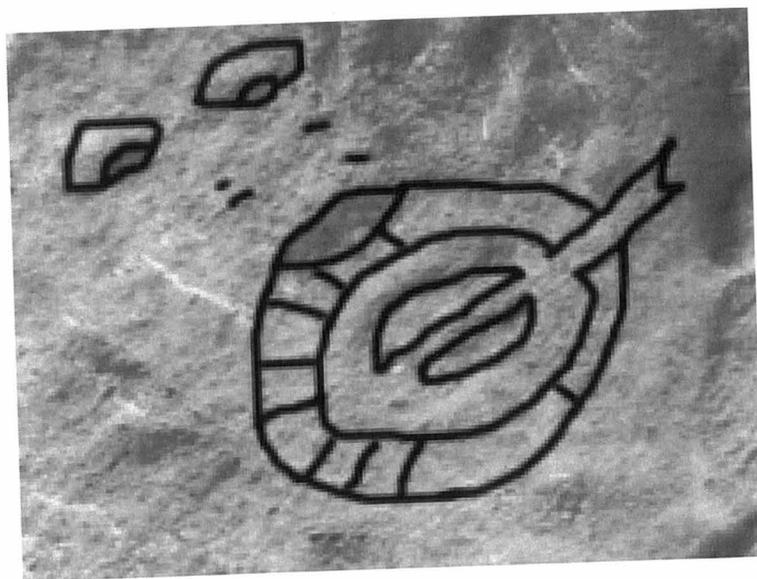
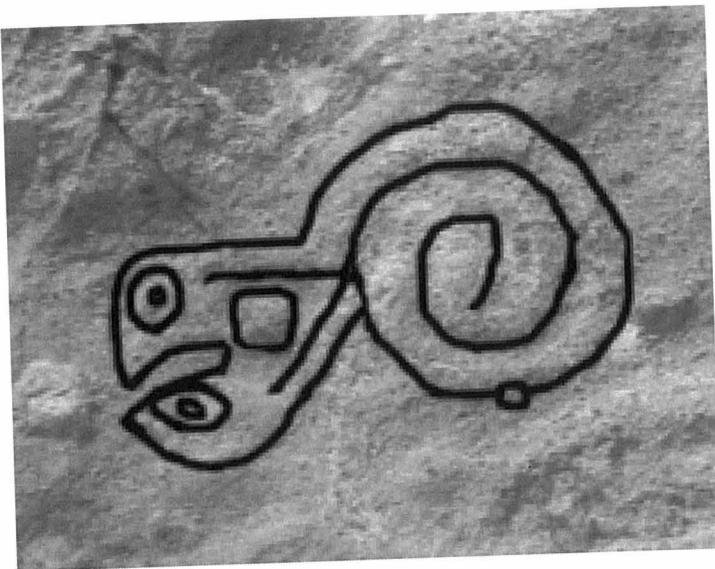


Fig. 13 figura que al parecer ilustra un rostro con forma humana. Posible representación del cerro Cusín.

Se considera se logró la reconstrucción en un 85% del total de las inscripciones halladas en él. Con más tiempo de trabajo en el laboratorio digital se podrá lograr la reconstrucción total de los petroglifos para su estudio y análisis. La primera imagen nos recuerda al “mono encorvado”³, figura recurrente entre los hallazgos arqueológicos encontrados en La Amazonía y en la Cordillera de los Andes. Esta figura, posicionada encima del cerro Imbabura parece indicar una relación con un momento particular del año: si los antiguos otavaleños veían a la Osa Mayor como el Mono Encorvado, cuando esta constelación está totalmente visible en este punto geográfico es justamente la época de junio y julio, meses de gran importancia por las conocidas celebraciones asociadas al solsticio de verano. Este mono encorvado se asocia a los sitios sagrados, como en el caso de la piedra de los monos en el río Guáitara, en territorio Pasto cerca al Santuario de la Virgen de las Lajas⁴. Se le asocia también al “Churo Cósmico”, doble espiral que representa el orden del cosmos con sus tres dimensiones: arriba, afuera, y adentro, representando la interacción del ser andino

con los ancestros, con el territorio y con los astros.

Las cuatro imágenes siguientes, luego de detenida observación y análisis, representan al parecer a cinco de las entidades míticas más importantes de la región. Primero, el volcán Imbabura, Cotacachi, Cayambe, Yana Urku y posiblemente Cusín. Se resalta que los cerros y montañas son elementos de gran importancia en la cosmovisión andina otavaleña, pues a ellos se les invoca y pide por diferentes favores: las lluvias para las cosechas, protección contra las enfermedades, sanación de las enfermedades... los cerros tienen atributos sagrados considerándolos los protectores de los comuneros en el territorio, siendo cada cerro tutelar de los pueblos que viven cerca y en sus inmediaciones. Es así como se les atribuye un género y condición de parentesco con respecto a los grupos étnicos –Taita Imbabura, Mama Cotacachi– en la armónica relación que se intuye tenían los pobladores de esta región en tiempos antiguos. Entre los relatos que podemos hacer referencia sobre los cerros hay dos que nos hablan de la jerarquía entre ellos.

3. El mono encorvado suele ser asociado a la constelación de la “Osa Mayor”, según el investigador Cristóbal Cobo del Grupo de Investigación Quitzato (Comunicación Personal).

4. Departamento de Nariño, sur de Colombia.



El primero cuenta de que un día el “padre” de los cerros les dijo que les iba a dar su herencia, que fueran muy temprano al siguiente día a recibirla. Al otro día, quien llegó primero fue Yana Urku, quien recibió entre su herencia abundancia de vegetación, quebradas y agua, animales por cantidad y demás. Cotacachi llegó segundo. Le correspondió un poco de vegetación, algunas pocas quebradas y algunos animales. Imbabura, Araque y Rey Loma, no recibieron nada, porque llegaron tarde ni tienen ni vegetación ni animales ni

agua. El otro relato es en el que Chuzu Longo, el dueño de Yana Urku, juega a la pelota con Taita Imbabura, quien arroja una piedra la cual cae muy cerca y falla⁵, en tanto el Chuzu Longo más fuerte y acertado lanza fuerte y alto una piedra hacia Imbabura, la cual cae en sus faldas⁶ ganando así el juego el Chuzu Longo (Parsons: 1972). Este relato puede ser el recuerdo de una antigua actividad

geológica registrada en los mitos y la tradición oral.

La supremacía del Yana Urku sobre los otros cerros se expresa desde los relatos indicando su importancia en la región, y si las representaciones de esta piedra aluden a estos cuatro cerros aluden a la vez al papel de los volcanes como entidades poderosas del territorio, y cuyo poder interactúa con los seres humanos en relación armónica con la naturaleza y con el medio ambiente. En cuanto a que el mono encorvado se pose sobre el cuadro de los cuatro

volcanes está asociado a esa relación de armonía con el cosmos y con los astros y cuerpos celestes, que por medio del culto a los volcanes relaciona finalmente a los humanos con los astros y dioses andinos. Es común en el mundo andino que se personifique a ciertos cerros y montañas dándoles propiedades y atributos en relación con los seres humanos, como taitas, como mamas, como yachaks.

En cuanto a Yana Urku o el complejo volcánico Mojanda Fuya Fuya se debe mencionar que si sabemos que esta zona era la ubicación del Otavalo prehispánico es porque de algún modo este cerro en los mitos reflejaba la posición superior sobre las otras en cuanto a su fuerza espiritual, lo cual vendría afirmando las hipótesis planteadas por la etnohistoriadora Chantall Caillavet (2000) con respecto a la importancia del asentamiento del Otavalo prehispánico.

La franja exterior de la piedra, marcada por una división al parecer natural pero con posibilidades de ser hecha por los talladores, posee una serie de figuras aluden a la presencia de animales marinos, sobre todo a una tortuga claramente identificada. Como se mencionó anteriormente, está presente la serpiente, ícono de gran importancia para los grupos amerindios por ser símbolo de vida, representante del agua y vista como madre de la humanidad.

La importancia del agua y de sus representaciones en las culturas andinas es enorme. En el caso otavaleño las fuentes de agua como lagunas, vertientes, quebra-

das, cascadas, son sitios de encuentro ceremonial y ritual donde los runas se encuentran con los espíritus de la naturaleza para recibir su poder y energía, en ocasiones especiales donde la limpieza de todo mal se da desde los baños sagrados en fechas como las fiestas de San Juan o inti Raymi. El agua es un elemento purificador que además permite el encuentro con lo sagrado, con los espíritus y sus energías (Cachiguango: 2010). Que se representen animales acuáticos en esta piedra nos invita a reafirmar que desde tiempos prehispánicos el papel del agua es un elemento fundamental de la cosmovisión Otavalo. Justamente hay una serie de canales y cavidades talladas en ciertas piedras alrededor de la quebrada las cuales parecen canalizar las aguas de manera intencionada. Agua y piedra están pues, de la mano en el trasegar de los antiguos otavaleños por estos territorios sagrados.

Conclusiones preliminares

Este proceso se ha centrado en la visualización de lo que podemos llamar una “geografía sagrada andina en el contexto de los andes septentrionales”, donde el Otavalo prehispánico jugó un papel de liderazgo en lo político y posiblemente en lo espiritual. El registro arqueológico indica no solo la presencia de actividad humana desde hace por lo menos 15.000 a. p. sino que además en cuanto más avanzan las investigaciones en la parte norte de Suramérica, se encuentra mayor y más

5. JiltonRumi, ubicada en el Sector de Obraje en Peguche en cercanías a la Vertiente de la Magdalena.

6. HuantuRumi, ubicada en el sector de Quinchuquí Alto.

abundante material para el conocimiento de los antiguos pobladores de la región.

Esto va de la mano con una relativa poca investigación en la región. La abundante producción generada en la provincia de Carchi en el campo arqueológico, está muy por encima en cantidad que los esfuerzos hechos en Imbabura. Por desgracia en esta provincia –y por experiencia propia del autor en campo- el saqueo o “guaquería” es una dinámica en la cual no solo hay muchos adeptos sino en que las sociedades mismas contribuyen a esta lógica. Teniendo en cuenta que no hay sanciones para personas “tenedoras” de bienes patrimoniales si deciden cuidar de estos por parte del Estado, la constante más allá de establecerse colecciones privadas es la privatización del patrimonio desde un saqueo sistémico.

Se puede decir hay profesionales del saqueo cuyas técnicas refinadas pueden llegar a la utilización de velas y queso para contrarrestar los gases tóxicos que emanan cierto tipo de enterramientos en la zona. Incluso pareciese toda una ritualización del saqueo en donde se perfilan métodos eficaces, a horas específicas, en

condiciones controladas y determinadas tras años de aprendizaje, para la labor de hacerse propio el patrimonio cultural mueble de la nación.

En contra parte se han realizado estudios en distintos sectores de la zona norte de la sierra ecuatoriana por diferentes investigadores con aportes importantísimos⁷, pero contamos con la dificultad de que los recursos destinados a la investigación y manejo patrimonial en esta zona no solo son restringidos sino que en muchos casos ausentes por parte de instancias públicas y privadas. Como siempre, el trabajo cultural tiene una dificultad: o se entiende que la cultura es el arte, o no se le da la importancia a la cultura y al patrimonio como forma de intervención social. En la cultura política del Ecuador hasta los recientes años se viene contemplando la importancia de la intervención y manejo del tema patrimonial cultural, pero ahora es necesario generar procesos de inclusión en la ciudadanía y en las comunidades –de hecho es uno de los intereses de INPC según sus funcionarios-.

Así tenemos la necesidad como gestores culturales y como científicos sociales, de

7. Se debe mencionar a investigadores que han contribuido al estudio histórico de la región, además de los citados en el texto presente, como lo son Jacinto Jijón y Caamaño, Víctor Alejandro Jaramillo, Segundo Moreno Yáñez, José Echeverría Almeida, Ernesto Salazar, entre varios otros que han ayudado a consolidar desde el siglo pasado hasta el presente el conocimientos científico alrededor de la historia y la etnohistoria de la región norte de los andes ecuatorianos.

abrir los espacios en la sociedad desde la autogestión comunitaria para la apropiación de todo ello que ha sido arrebatado y que es posible recuperar como bien lo demuestran los movimientos indígenas de los años 80 y 90 del siglo pasado. La recuperación de tierras y de espacios en la política, el sistema financiero y comercial debe ir de la mano de una reapropiación patrimonial desde la identidad y desde la riqueza existente de la cultura local. El proyecto en curso es un esfuerzo en este sentido y cuya orientación ha sido asimilada por las autoridades comunitarias: el trabajo conjunto va en marcha con una visión a futuro mancomunada.

El monolito de Pilchibuela es una puerta para adentrarnos en la historia e identidad del pueblo Kichwa Otavalo desde su asentamiento prehispánico en la parroquia de San Rafael de La Laguna. El conjunto de representaciones hasta ahora identificadas y la relación con los elementos de la geografía sagrada nos llevan a ahondar en aspectos y rasgos culturales que se validan con la información encontrada etnográficamente: los cerros tutelares como espíritus poderosos y cuyas propiedades permiten al runa vivir en comunidad. El agua como madre dadora de vida y criadora del ser humano, en relación de equilibrio de las fuerzas de la naturaleza, los astros y los ancestros.

El desarrollo de esta investigación también nos indica el hacer aproximaciones regionales al estudio del registro arqueo-

lógico, por las características propias de la región como zona geocultural (Cisneros: 2012) y por las relaciones interregionales dadas desde la historia y los dispositivos culturales dados en estos territorios. Para este caso se hizo un trabajo de campo en el Pucará de Araque donde se encontró continuidad con la talla de piedra y en donde en la actualidad persiste esta práctica.

La visión de región en la aproximación al registro arqueológico permitirá entonces comprender cómo se enmarca el pasado otavaleño dentro de una geografía sagrada, que como Caillavet (2000) ha sugerido en sus estudios, relaciona diversos lugares sagrados desde líneas imaginarias y a partir del Otavalo prehispánico como epicentro de un liderazgo incluso religioso. El agua como elemento articulador de la interacción entre las familias de humanos, astros, espíritus y ancestros nos lleva a reafirmar postulados que hoy en día nos encontramos en los saberes de los comuneros, y que validan los hallazgos arqueológicos que la piedra nos trae desde mensajes condensados en símbolos, como unidades ricas en significados múltiples que comienzan a hablarnos del pasado desde la eternidad de la piedra.

Así, varios años más de investigación, interacción, involucramiento y manejo de estos sitios nos esperan con la visión a futuro de poder dar aportes significativos, al conocimiento dado en los diferentes niveles de la historia andina en Otavalo y la región norte de la sierra ecuatoriana.

Bibliografía

- Athens, J. 1979. Teoría evolutiva y montículos prehistóricos de la sierra septentrional del Ecuador. Pacific Studies Institute Ponape, Eastern Caroline Islands. En: *Revista Sarance*. No 7. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- Athens, S. y Osborn, A. Investigaciones arqueológicas en la sierra norte de Ecuador, dos reportes preliminares. Breviarios de cultura, serie arqueología. Año 1, no 1 Colección Pandoneros. Instituto Otavaleño de Antropología. Otavalo.
- Cachihuango, E. 2010. *Yaku Mama. La crianza del Agua. La música ritual del Hattun Puncha-Inti Raymi en Cotama, Otavalo*. Ministerio de Cultura.
- Caillavet, C. 2000. Las Etnias del Norte. Etnohistoria e historia de Ecuador. Editorial Abya Yala: Quito.
- Cisneros, P. 2012. *Política Institucional Cancillería*. Parte I. Universidad de Otavalo.
- Dillhay, T. 2000. Monteverde. A Late Pleistocene Settlement. Cornell University.
- Fresco, A. 1984. La Arqueología de Ingapirca (Ecuador). Comisión Castillo de Ingapirca. Cuenca.
- González Suárez, F. (1902) Historia General de la República del Ecuador. Tomo I. Editorial Ariel: Quito.
- Mayer-Oakes, W. 1986. El Inga: A Paleo-Indian Site in the Sierra of Northern Ecuador. Transactions of the American Philosophical Society, New Series, Vol. 76, No. 4.
- Myers, T. 1976. Formative Period Occupations in the Highlands of Northern Ecuador. American Antiquity, Vol. 41, No. 3, pp. 353-360
- Oberem, U. 1981. *Cochasquí: Estudios Arqueológicos*. Instituto Otavaleño de Antropología: Otavalo.
- Parsons, E. 1972 [1949]. Peguche Canton. A study on Andean Indians. Columbia University Press.
- Sánchez, T. 2005. Del Otavalo Prehispánico a San Luis de Otavalo. Municipio de Otavalo.
- San Félix, A. 1988. Monografía de Otavalo. Instituto Otavaleño de Antropología: Otavalo.
- Stahl, P. y Athens, S. 2001. A High Elevation Zooarchaeological Assemblage from the Northern Andes of Ecuador. *Journal of Field Archaeology*, Vol. 28, No. 1/2. pp. 161-1